

*Guillermo Zúñiga Benavides**

**EL CAMINO
INDIGENA DEL
CONOCIMIENTO**

* Egresado del Programa de Maestría en Etnoliteratura. Universidad de Nariño, Colombia.

EL HOMBRE Y EL CONOCIMIENTO

Tratar de definir el conocimiento implica contemplar varios enfoques que llegan siempre al “aprehender”, al acto por el cual un sujeto aprehende un objeto. Una base elemental definiría el conocimiento como el acto de tener noción, idea de algo relacionado generalmente con la interpretación del entorno y con la vida interna de cada quien. El conocimiento permite llegar a explicaciones cosmogónicas como también resolver los problemas que la cotidianidad coloca sobre la senda del desa-

rollo del hombre no solo material sino también de la esfera sutil del espíritu.

EL CAMINO "CIENTIFICO"

La forma corriente, generalmente aceptada como "científica" de entrar en relación con el entorno circundante, ya sea el natural o aquel creado por el ingenio y habilidad del hombre, está agenciada por los sentidos. Absolutamente todo lo que es susceptible de conocimiento tiene una base, una vinculación directa con las sensaciones que penetran a través de las puertas de los cinco sentidos. Es la ruta que Occidente ha trajinado, que ha hecho posible toda la estructura tecnológica, símbolo típico del presente siglo; son los moldes en los cuales se funden los modelos actuales que pretenden alcanzar el desarrollo de la Humanidad. Todo es medible, todo cuantificable, aparentemente todo se puede controlar, a excepción de la plena gratificación y armonía de las masas. Existe un interés social de convertir a la gente razonable, en la medida en que racionaliza el mundo y

lo violenta rompiendo las relaciones naturales porque no encajan dentro de los parámetros de su limitado entendimiento. Se crea el instrumento de la ciencia para dominar la Naturaleza, pero como también se dice que el hombre es dueño de todas las criaturas y debe ejercer dominio sobre ellas, entonces el conocimiento sirve para dominar a los demás hombres, derivándose una consecuencia nefasta, aquellos que tengan más conocimientos tendrán más poder, pero entendido el poder como dominio de unos sobre otros sin el componente de servicio social.

LA SENDA INDIGENA

Subyacente, existe otra vía para llegar al conocimiento, parte de los orígenes de los iniciales pobladores de Indoamérica, es parte consustancial de nuestro ancestro. Sin embargo, apenas se registran sus destellos, signos inequívocos de su existencia. Sus exponentes están dispersos, no sustentan un desarrollo material sobresaliente, son comunidades indígenas afe-

rradas a ancestrales concepciones de la vida, a muy especiales relaciones de armonía y de equilibrio con la naturaleza. A lo largo de los años han ido encontrando en cada árbol, bejuco, arbusto o mineral la fuerza intrínseca, el alma vital capaz de restablecer la energía desequilibrada, para curar no solamente el soma sino también el alma. Esta sabiduría se concentra en el shamán, manejador de un lenguaje secreto que convierte la curación en algo más que un ritual, en una danza de vibraciones cósmicas muy poderosas, donde el canto es el vehículo fundamental de lo imaginario-curativo, centrado casi siempre en una planta sagrada. Se asegura que shamanizar es un ejercicio del saber, es configurar lo que está disperso en el mundo.

En la medicina indígena el medicamento, el rito, y el conjuro son elementos esenciales de la práctica mágica; el medicamento se refiere al uso de plantas enteógenas (término propuesto por Watson el al. (1980) para designar las plantas que al ingerirlas posibilitan la unión

con la Fuerza Divina; se deriva del griego, en-theos-genia, "hacer nacer al Dios en nuestro interior"¹⁾ que son capaces de activar ciertos centros internos que se convierten en canales de contacto y comunicación con el conocimiento.

Los shamanes siempre han manejado con sobresaliente habilidad y acierto las plantas enteógenas como el vehículo extraordinario que los relaciona con un nivel más sutil de vibración; éstas se cortan al amanecer de los días propicios y se consumen aprovechando el silencio y la oscuridad de la noche. Su manejo exige complicados actos de purificación en los que intervienen el tabaco, los sahumeros, las velas y también el fuego. Así se opera el milagro de convertir gentes sencillas y humildes en omnipotentes y omniscientes sacerdotes de la Divinidad.

A través del estudio de las plantas enteógenas se ha penetrado en el origen del hombre indoamericano, cuyas huellas van siendo identificadas no en

piedras, no en fósiles, no en vestigios perdurables, sino en la fragilidad de un hongo, en la ductilidad de un bejuco, como el Taita Yagé, en las prácticas shamanísticas, en los delirios y éxtasis que bajo las nieves siberianas y bajo los frondosos árboles del trópico indoamericano, nos hablan de una unidad espiritual, de una nostalgia y de un deseo que permanecen vivos en el corazón de los hombres².

El aprendizaje en las comunidades indígenas, que aún persisten en sobrevivir al margen de la influencia "civilizadora" occidental, dispone de formas propias y efectivas de transmitir el saber; saber que está inmerso en mitos, ritos, y leyendas.

El saber más profundo y complejo es compartido en el ritual diario y sagrado, que noche a noche, une a los hombres de la selva con los niveles superiores de vibración: el mameo de la coca. La coca se asimila con la palabra, y ésta, para usar una bella expresión de Fernando Urbina, con la noche para

construir la palabra-noche del abuelo. En el abuelo sabedor se deposita una sabiduría exquisita, celosa guardiana de milenios, de experiencias, de saberes, de vuelos shamánicos, curaciones, en fin... de la cotidiana búsqueda de encontrar el nicho de equilibrio que el hombre tiene con su entorno.

PLANTAS DEL SABER

Todas las comunidades indígenas en Indoamérica tienen o dispusieron de plantas sagradas para llegar al conocimiento; dicen que es el espíritu sutil y especial de estos vegetales el vehículo que transporta la mente del aprendiz más allá de los límites de esta dimensión tridimensional donde la noción del tiempo y el espacio se confunden en una y eterna categoría. Por eso los shamanes afirman que en un viaje del "Taita Yagé" se aprende a distinguir entre plantas que curan y aquellas que matan, entre la enfermedad producida por daño o maleficio y la derivada de causas naturales.

Este camino hacia el conocimiento corresponde a una historia ágrafa, transmitida secularmente en forma oral, llena de ceremonias, mitos, y ritos. Cada grupo indígena, cada tribu, tiene su especial forma de concebir su mundo, de interpretarlo y manejarlo. Tienen en las plantas sagradas el vehículo ritual para potenciar la memoria, organizar la atención y penetrar al conocimiento a través de vivencias que les permiten conocer mundos, entablar relaciones con vibraciones de niveles superiores a la dimensión encarnada, ejecutar curaciones, intervenir y manejar energías naturales. Esta es una dimensión que no tiene antecedentes en el mundo de la civilización porque ella privilegia la relación de interdependencia con la naturaleza y no el sometimiento de la naturaleza a los designios de las fuerzas del mercado. El hombre civilizado vive para consumir y pelear por la producción de la plusvalía en un horizonte de las ganancias multiplicadas hasta el infinito. Aquí puede residir la barrera conceptual para entender la lógica del

indígena frente a la producción y transmisión del conocimiento.

Si se quiere penetrar en este intento de aproximación a la vía del conocimiento indígena, será preciso despojarse de los preconceptos impuestos por la lógica racionalista dominante en occidente y penetrar con respeto y viva expectación a las experiencias que han dejado y siguen legando las comunidades indígenas aún presentes como tabla de salvación, que este planeta tiene para entender la relación armoniosa que el hombre civilizado debe recuperar con la madre naturaleza.

ESPACIOS DESCONOCIDOS DEL CONOCER OCCIDENTAL

Nuestras formas de pensar el mundo e interpretarlo no solamente deberían tener la capacidad de dar cuenta de lo que contiene, según el momento en que pensamos de él, sino deberían ser capaces de circunscribirlo, fijar sus límites y fronteras, pero también de trascenderlo, de contener la infinitud

de posibilidades realizables. Aquí puede estar la limitación que llevamos como lastre en relación no sólo a aceptar sino a desarrollar las nuevas posibilidades que se presentan frecuentemente ante nuestra percepción, casi siempre relacionadas con el mundo de las vibraciones sutiles del espíritu, que no pueden ser captadas por los instrumentos de la actual tecnología. Se requiere, entonces, de una mentalidad abierta capaz de pillar las ondas ancestrales que señalan el sendero a seguir.

De lo contrario estaremos ejerciendo una incapacidad constitutiva para percibir lo que está más allá del alcance de nuestras sensaciones primarias, como consecuencia de la fragmentación de nuestra conciencia. De ahí que aquello de lo cual no somos capaces de dar cuenta con la racionalidad, tenemos la tendencia a no considerarlo, o mejor, a considerar que no existe. Pero desafortunadamente estamos equivocados, porque habitualmente todo suceso está emparentado con una amplia gama de otros sucesos,

en una sucesión interminable, dando origen a la extraordinaria riqueza y diversidad del universo; como consecuencia, gran parte de la existencia alrededor nuestro se oculta a nuestra capacidad de percepción, observación o análisis. Pero el que no veamos algo de percepción, observación o análisis. Pero el que no veamos algo o que carezca de significado para nosotros no significa que no exista. David Bohm (1988), citado por Elizalde, habla de la existencia de un universo explicado y de otro universo implicado; afirma que del primero somos capaces de dar cuenta, del segundo no. Sin embargo, ambos están íntimamente imbricados y constituyen una realidad indisoluble, posible solo de diferenciar mediante aproximaciones analíticas.³

APROXIMACION COSMICA AL UNIVERSO

En el acto creativo es la expresión del verbo a través de la palabra el vehículo que permite la existencia material; tanto en la Amazonía como en la Sierra Nevada noche tras noche

es un ritual que se repite con el estímulo de las plantas enteógenas y los abuelos, intermedios entre el tiempo ancestral y el actual, recrean los mitos para adecuarlos a la solución de los problemas corrientes de la vida. Toda la Historia se arma alrededor de la cotidianidad, es el pensamiento concreto que permite la generación del concepto.

Para los indígenas el buscar la palabra-saber se convierte en una necesidad vital, porque ella es la guía para sus actividades materiales y espirituales; de ahí que ellos le den tanta importancia a su participación en los rituales que los unen con el shamán ancestral, que incorpora cada noche en el abuelo sabedor que les proporciona las hojas de poder para generar en su cuerpo la potencia del conocer que viene a través de la palabra-saber. Precisamente las hojas del saber son un elemento integrante y definitivo en la preparación para aprender la Historia, para entender y apropiarse el mito que luego, en la cotidianidad, le servirá para aplicar el poder que ha recibido. La capa-

citación en el aprendizaje del mito tiene su contraparte cotidiana en la preparación de la chagra donde se levantarán las hojas del saber.

El espacio del ritual para recibir el conocimiento ancestral de los orígenes siempre lo toman como la representación donde el centro del universo se produce y donde existe un lugar como espacio de la palabra. En el relato de los mitos de creación el proceso va acompañado del canto, la invocación sonora que con la melodía precisa es el vehículo para solicitar de los niveles superiores del conocimiento los requerimientos de la potencia que se precisa para el saber y el actuar. La unión en el uso de las hojas del poder con el canto es colocar en la vía vibratoria el acercamiento a la fuente ancestral del conocimiento, aquello que está pegado, fundido con la naturaleza, con el ser integrado que posibilita la entrada en la percepción de los símbolos y signos de la cultura.

Por eso la creación del hombre, en el caso de los Uíto-

tos, va aparejada con la existencia de la maloca como espacio de encuentro entre los diversos mundos y como posibilidad de comunicación con las palabras del origen, donde lo creado es la concreción del pensamiento, es la materialización de la palabra, es la existencia del verbo creador; en el ritual diario de contar la Historia, llegan al mambeadero los espíritus para entrar en contacto con la tribu y participar en la ayuda que requieren las tareas cotidianas. Así el conocimiento se vive, está en la aplicación de la tarea diaria ligado a la sociedad o la naturaleza, es aprender en una forma activa.

El conocimiento que aprenden se da en su globalidad, no sólo en su aspecto positivo de contribuir en lo benéfico particular y colectivo sino también en su característica maléfica, porque como en todo, en el conocimiento también se presentan los dos componentes del desarrollo, lo importante es que cada quien aprenda a diferenciar lo positivo de lo negativo y su repercusión al aplicarlo en la

realidad; así aprenden a manejar el conocimiento en su integralidad.

Cuando en la apropiación del mito entran en las alas del Taita Yagé penetran en el devenir-animal para actuar en alianza con el poder de las plantas y los animales; este ejercicio del conocimiento shamánico los hace sentirse como parte del gran ecosistema cósmico, como un componente de él, para disfrutar de la visión totalizante del arriba y el abajo en el descubrir de su correspondencia. El ejercer la visión del águila en lontananza para dominar el entorno desde arriba y ejercer el sentir de la serpiente para llegar a la causa primordial de las cosas o al interior de los seres les permite desplegar la interrelación en las diferentes expresiones de los mundos, en los diversos niveles de la vida interior, de los inframundos, de las emociones, de los pensamientos, de las ensoñaciones... en fin en todos los elementos que componen la unidad ecosistémica del universo.

El experimentarse como seres interrelacionados con la creación en su integralidad les permite sentirse ligados al pulso de la naturaleza, al palpitar de la Madre Tierra, a disfrutar de los vínculos reales del amor filial con la Causa Creadora. Es comprensible, entonces, que esta riqueza espiritual se traduzca en una relación respetuosa y armónica con el entorno no sólo externo sino con el que se vibra, con el estímulo de los enteógenos, en los otros mundos diferentes al tridimensional de esta encarnación. Viven una igualdad de fondo, donde es posible el diálogo y la reciprocidad, porque conciben el cosmos viviente que iguala entre sí al hombre, a las plantas, los animales, las montañas, los ríos... toda la creación.

Para las comunidades indígenas los mitos primordiales son el referente para dirigir su comportamiento ante las situaciones cambiantes de la vida diaria, por eso el shamán recrea los mitos y los actualiza para guiar en el aquí y el ahora. El elemento cohesionador en los

mitos de creación es la figura de la Madre como espíritu creador ambivalente, donde coexisten tanto lo femenino como lo masculino, a partir de ahí se configuran como el comienzo de la creación.

La creación parte del mar, del agua como el inicio del proceso; esta simbología coincide con las explicaciones de la filosofía oriental que ubica en el gran mar de la subconsciencia la potencialidad de toda creación, como una posibilidad energética, como pensamiento, como espíritu y memoria por venir. Sobre todo en los Kogi es persistente que la creación sea primero en el pensamiento, antes de existir como realidad material; por eso en los diferentes etapas a través de los nueve mundos, que ellos tienen como referentes primordiales, existieron primero las personas y las cosas en alguna, es decir en la mente.

Toda la base filosófica que sustenta los mitos de creación está nutrida en la vida, en la fertilidad, donde la habilidad y ex-

perencia del shamán conecta el hilo que permite la relación entre lo ancestral con lo cotidiano. Esta sabiduría es el sustento espiritual que engrandece las cosas corrientes, que a veces aparecen como rutinarias y faltas de sentido.

En la cultura indígena, con el estímulo de las plantas sagradas, consideradas como enteógenas, se experimenta la realidad no ordinaria, aquella que se percibe en los niveles diferentes a la materialidad pero con la intensidad de haber vivido experiencias tan nítidas y profundas que dificultan la diferenciación con la realidad ordinaria; pero son espacios y tiempos diferentes a la cotidianidad los que componen la realidad no ordinaria.

Estos dos conjuntos de explicarse el mundo marcan dos formas de aproximación a la realidad: la definida por el método científico y aquella marcada por lo intuitivo, lo artístico, donde esa misma materialidad se vuelve transparente porque se permea por la realidad subjetiva

del mundo interno de quien la analiza, con unos indicadores sutiles, pues sólo es posible aproximarse a ella en términos del alma, el manejo del sueño, el destacar los sentimientos, es tal vez, decir lo que se sabe con el calor de lo que se siente. Es tornar cálido el frío dato objetivo, es encontrar en el decir la vibración profunda de cómo expresarlo, es aceptar que somos el producto del entrecruzamiento de la capacidad razonadora con la posibilidad de ejercer las emociones.

Así se entiende cómo en la cultura indígena es posible que el hombre viva en función del todo, que se sienta como un elemento componente de la naturaleza y pueda descubrir en ella los vehículos naturales para penetrar en niveles profundos del conocimiento.

NOTAS

- 1 Urbina, Fernando. Las hojas del poder. Bogotá: Centro Editorial Universidad Nacional de Colombia, 1992. p. 18.

- 2 Benítez, Fernando. Los indios de México. Los hongos alucinantes. Ediciones ERA S.A. 1964. p. 39-67.

- 3 Elizalde, A. Avances hacia una economía ecológica: aportes desde América Latina. CEPANUR y Universidad Bolivariana. p. 9.